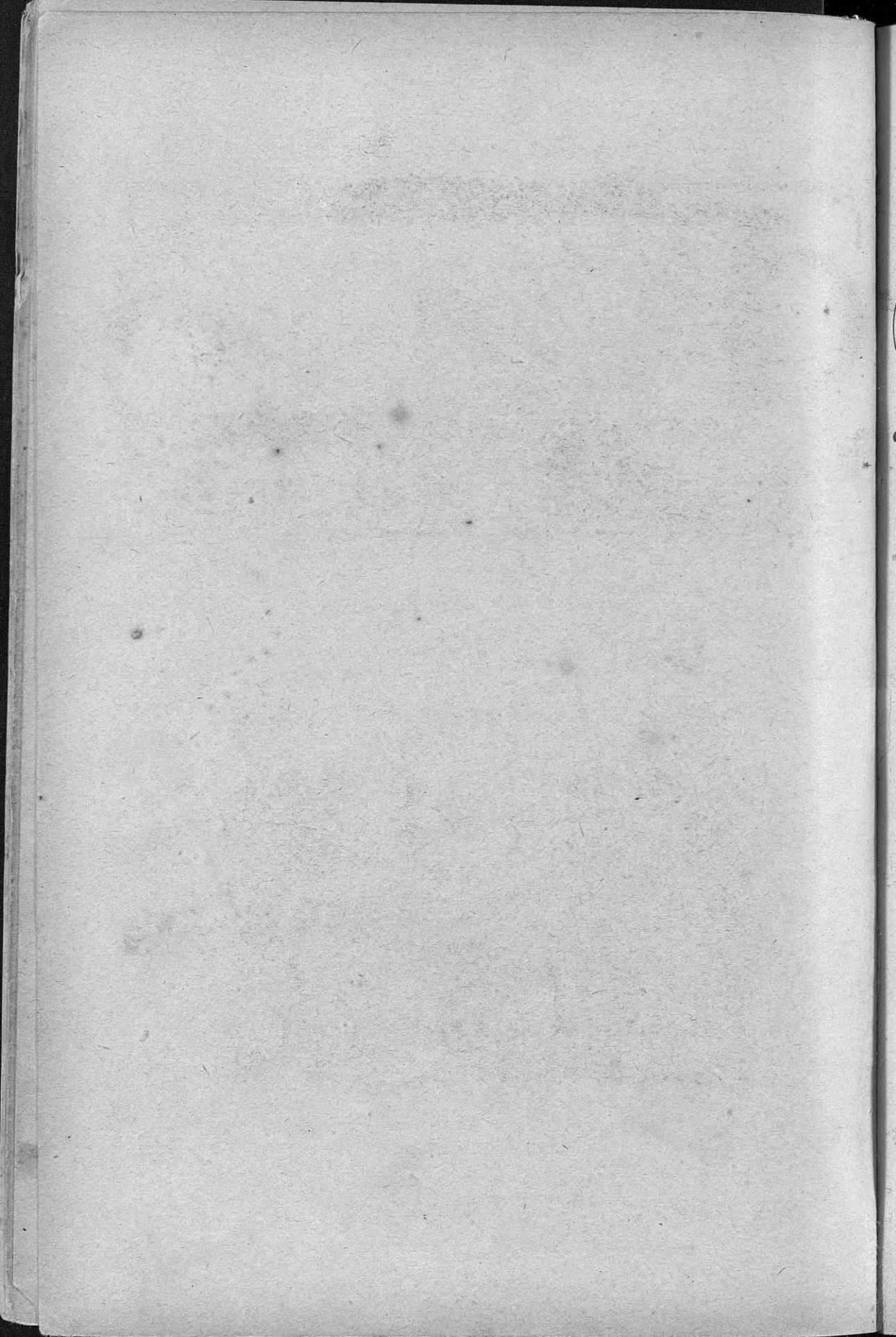


Galicia MODERNA



Número suelto 30 céntimos:

ALDEANA DE BERGANTIÑOS



GALICIA MODERNA

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

B. L. Sanmartín

GALICIA PINTORESCA



UN MOLINO EN LAS CERCANÍAS DE VIGO



NOTA DE COLOR

Mientras las gentes acomodadas de las ciudades toman por asalto los trenes y se encaminan á balnearios y playas, los labradores entréganse al rudo trabajo de la recolección y, afilando la hoz de reluciente hoja, miran con codiciosos ojos los campos, donde la miés muestra su color de oro.

Una de las muchas notas de color que ofrece la vida en las aldeas de Galicia es sin duda alguna la faena de la siega.

Apenas ha despuntado la aurora y los pájaros saludan al sol que despide sus destellos tras las lejanas montañas, cuando los alegres segadores se lanzan al campo, animosos, dispuestos á no dejar en pié espiga alguna. Canta la codorniz que ha formado el nido de sus amores entre aquel mar dorado; entonces el cuclillo su canto monótono y triste, presintiendo la desaparición de las

pajas flexibles que el viento mece; el cielo límpido, sin la más ligera nube que empañe su azul hermoso; las hierbas y las flores esmaltadas de perlas que el benéfico rocío ha depositado en sus cálices; la brisa de la mañana riza la miés que semeja las olas del mar... Allí están con sus trajes sutiles, sujeto á la cabeza el pañuelo, ó suelta la sedosa cabellera las atadoras, las que sostienen con tesón el desafío de cantares y no ceden en la lucha empeñada con los mozos; estos toman un surco, echan atrás el sombrero de paja, remangan los pantalones de blanco lino, abotónanse la blusilla, empuñan la hoz y sin dejar de cantar, emprenden la faena, mereciendo los aplausos de los compañeros el que más avanza.

De repente cesan las canciones y reina el silencio, percíbese perfectamente el crujir de las pajas que van cayen-

do al golpe de filo de las hoces; todos se afanan por ocupar el primer puesto; de vez en cuando oyense las voces de los que van delante, estimulando á los rezagados; el sudor corre por los encendidos rostros; huyen con estrépito de alas las codornices; el sol abrasa con sus rayos á los segadores; ya les estorba la blusilla; pusiéronse al cuello un pañuelo para limpiarse el sudor; ellas van formando montoncitos, van haciendo los «millos» sin dejar de seguir á la pareja; un instante se detienen para sonreír al segador valiente, al fornido mozo que desesperado, maneja con rabia la hoz, sin permitir que otro le aventaje...

¡Con que celeridad van derribando la mies dorada, bella, que se mecía á impulsos de la ténue brisa!

Los de la cuadrilla divisaron por entre los corpulentos castaños del cercano soto á la mujer que, llevando sobre su cabeza la olla, baja sudorosa y jadeante; dió la voz de alto el «mayoral», el jefe, y suspéndese el trabajo. Entre chanzonetas y burlas, entre risas y requiebros, comentando el resultado de la lucha entablada, la victoria alcanzada, la abundancia de la cosecha, el calor abrasador que se siente, la belleza de tal atadora, los amores de alguna pareja y los «palos» habidos en tal romería, forma un corro la cuadrilla y en derredor de la olla, se saborea el agua fresca, la leche recién ordeñada, el rico queso del país y cuantos manjares componen el abundante almuerzo de los segadores.

Con más bríos si cabe, tornan de nuevo á la faena; en el campo cubierto poco antes de espigas, no quedan sinó los rastrojos y de trecho en trecho, los montones de «millos» que han ido colocando las atadoras.

El sol desaparece magestuosamente, siendo despedido con el mismo canto de las aves que, ufanas, le saludaron al amanecer; la campana de la iglesia próxima, toca á la oración; terminóse el trabajo y la alegría se desborda entre los segadores, sin que ninguno se muestre fatigado.

Atruenan el espacio los «aturuxos», multiplicanse las canciones, ellos dejan oír su voz de bajo, grave; es atiplada y chillona la de ellas; hay en aquellos cantos rumores de alborada, reminiscencias de muiñeira, notas agudas y melodías bellísimas, sentidas, tiernas, que recuerdan las composiciones inspiradas del maestro Montes. Un «ujujú» lanzado al viento por el más atrevido, el de mejores pulmones, interrumpe la hermosa música de la improvisada masa coral; diríase que allí se celebra una romería, que hay «ruada»: parece la fiesta de la locura, tal es el regocijo y contento que reina entre aquellos honrados hijos del trabajo. Suena la flauta y ¡venga baile! cada cual busca su pareja y no falta alguna que extrañada, vaya á parar entre el centeno, echando á perder el maduro fruto...

¡Qué más dá! Como decía un angel de muradana y dengue: Trás da sega ven a malla...

JOSÉ VEGA BLANCO
Beppo



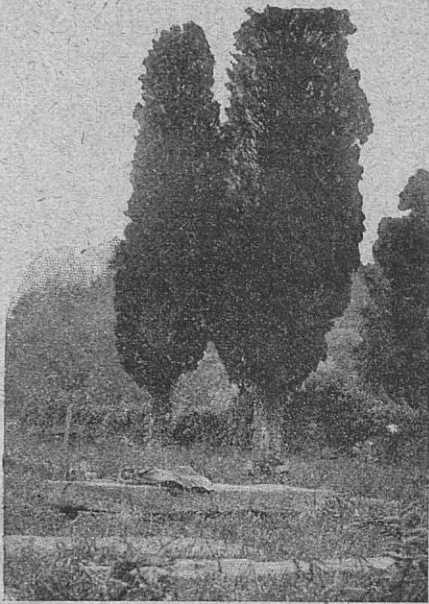


EFEMERIDES DE GALICIA

15 DE JULIO DE 1885

MUERE EN IRIA FLAVIA, ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA

Como tributo á la memoria de la incomparable cantora gallega, publicamos á continuación una de sus inspiradas poesías.



*
**

De Galicia os cimiterios
C' os seus alciprestes altos,
C' os seus olivos escuros
Y os seus homildes osarios
Todos de frores cobertos
Frescos com' os nosos campos,

Pó-las mañans malencónicos
E n' as tardes solitarios
Cand' o sol poñente os baña
C' o seu resprandor dourado,
Cheos d' un grande sosego
Parés que nos din:—durmamos!

D' os vivos amigos sodes
Mortos que alí téns descanso,
E nin os nenos vos temen
N' á ninguen causás espanto.
Visítanvos cada día,
Falan con vosco resando,
Auga bendita vos botán
N' a sepultura ó deixarvos,
E—*Hastra mañán!* se despiden
De vos par' o seu traballo.

Cimiterios de Galicia
Frescos com' os nosos campos...
En cal dormirá algún día
Este meu corpo cansado!

ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA.

ARTISTAS GALLEGOS

ELINA MOLINS

ERA una niña, y ya un rayo de gloria iluminaba sus abriles. Las notas de color deslumbrantes de Fortuny y las apacibles tintas de Millet, solicitaban poderosamente aquellos ojos que irradiaban las luces de un espíritu avivado por las precocidades del genio. Perteneciente á una familia ilustre de la región gallega, Elina Molins recibió



Elina Molins

sus primeras enseñanzas en el Colegio-convento del *Sacré-Cœur* de Londres, á la edad de nueve años. Allí, bajo aquellos cielos frios y empañados, toldados de perennes nieblas que no acierta á fundir el beso del sol, el corazón de la notable artista abrióse por primera vez á las doradas esperanzas. Algunos cuadros de caballete, prematuro ensayo de las alas, fueron sus primeros balbuceos.

Estimulada por los alentamientos y plácemes del gran Pradilla--en cuyos brazos recibió las lustraciones del agua bautismal,—la artista viguesa hizo del arte de Mad. Vigée-Lebrún y de Rosa Bonheur objeto preferente de sus soñados amores.

Y en verdad que ya en aquella luminosa mañana de la vida era Elina Molins una promesa. Rinconcitos de la natifaleza al aire libre, pájaros de todo linaje, bocetos de pintura iconográfica, academias, y apuntes de árboles y flores, fueron trazados por su mano delicada y fina con la seguridad fácil, nerviosa y repentista de los dibujantes consumados. ¡Privilegiada virtud del genio! ¡Edad dichosa en que las hadas propicias se revelan ya á los hijos bien amados dejándoles gustar las dulzuras de los suspirados triunfos!...

Aunque la ilustre artista todavía se hallaba en sus comienzos, sus obras inspiradas, golosina y halago de los ojos, prendían la atención y recreaban el espíritu por la firmeza del empaste, la valentía del toque y la justeza del color. A medida que avanzaba en sus venturosos ensayos,

iba Elina desplegando la gamma de sus facultades poderosas y acusando con vigor los rasgos más salientes de su complexion de artista; con su *Rinconada del barrio de*

Triana, su *Tipo bohemio* y su espléndida *Vista del Guadalquivir*, la fuerza luminosa de su estilo personal y franco quedó fijada para siempre

¿Qué mágicos despertamientos han podido obrar en el alma de Elina los campos andaluces? . . . Ello es que á poco de sentar su planta en Sevilla, donde prosiguió sus estudios bajo la enseñanza de García Ramos, el colorista eximio, no tardó nuestra paisana en sentir el influjo de aquellos cielos encendidos con todas las magnificencias de sus inflamados ocasos, y de aquellas aguas vestidas con todos los cambiantes de sus olas. Desde entonces el acento personal de la notable artista cobró intensidad y relieve. Dulcificadas por un blanco rayo de la juventud, las esplendideces del color fluyeron de su paleta rica y abundante, y sus lienzos palpitaron con tonalidad caliente y vigorosa.

¡Raro contraste! En los cuadros de nuestra bellissima paisana—cuadros de entonación robusta y viva, sin retoques ni acabamientos—circula, como fecundante sávia, un aliento varonil, rarísimo por cierto en las idiosincrasias femeninas. Ved la *Lluvia de flores* de la insigne Herietta Rae ó las *Jeunes filles* de Mad. M. L. Breslau. Notad con que cuidado sus autoras acusan los perfiles, con que refinado esmero tratan los fondos, que movimiento candoroso y femenino dan á las actitudes y con que delicadeza cuidan los detalles...

Hay siempre en el alma de la mujer exquisiteces y desmayos que con ella nacen y con ella mueren. Sin caer en los refinamientos de J. F. Raffaelli ó Puvís de Chavannes un soplo de poesía delicada y muelle baña como una media luz los cuadros de mademoiselle L. Abbema; lo propio puede decirse de Mlle. Salles-Wagner, cuyos lienzos exhalan cierto aliento de enfermiza ternura, fina y blanda. No así Elina Molins. En sus cuadros predomina el trazo enérgico, el toque vivo y genial. A través de aquellas manchas acusadas con nerviosidad y brio descúbrese una organización artística de las más nobles y de ella puede decirse como de Carlota: «su vida anda, pero su alma vuela».

Rescatada á su pueblo natal, Elina Molins remitió varios lienzos á la Exposición de Lugo donde obtuvo medalla de oro. La típica *Cabeza de aldeana*, sorprende por la armonía de las líneas, por la solidez del modelado y por la delicadeza de las carnaciones.

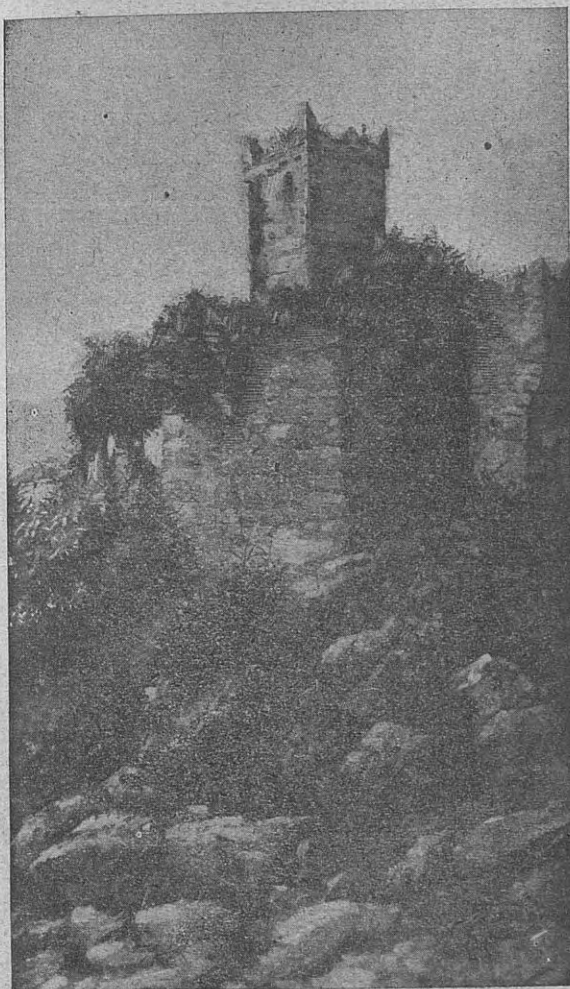
¿Fué ageno el espíritu de la notable artista á las sollicitaciones de la inspiración galaica, después de su transplantación? . . . Muy lejos de ello, la poesía ensoñadora y melancólica de los horizontes pátrios halló en el corazón de Elina vivas resonancias. Instalada en el país de sus recuerdos, amó las costas célticas ornadas de pinares que repiten sus frondas en las verdes aguas, las brumas osiánicas de nuestros montes, las rosadas auroras de nuestros cielos y las noches druidicas de lunar. Entonces, trasladando al lienzo sus visiones y sus éxtasis, dió á luz sus nuevos cuadros *Castillo de Monte-Real*—verdadero regalo de los ojos,—*Casa de los Condes de Sotomayor*, *Cercanías de Bayona* y *Efecto de luna*.

En todas estas obras, que el notable artista Serafín Avendaño coronó de elogios, supo Elina Molins sorprender, triunfalmente las bellezas del paisaje gallego, las armo-



Cabeza de aldeana

nias del claro-oscuro, la vaguedad de las lontananzas y las gradaciones de la luz. Dócil á las evocaciones del genio, la poesía de nuestros horizontes, de nuestros campos y



Castillo de Monte-Real

de nuestras playas tiñó con sus luces la paleta, vencedora de la aventajada joven; un hábil dominio de la técnica aumentó la destreza de su mano, y todas las crudezas de la exactitud real cedieron á su voluntad de artista, como esas fieras que el Amor de las mitologías arrastraba á los piés de su madre con cadenas de flores.

¿Flores he dicho?.. También nuestra joven compatriota sabe pintarlas habilmente; arte difícilísimo que consagró la fama de Enriqueta Rönnér y de Madeleine Lemaire, la ilustradora insigne de Ludovico Halévy y que consagrará, asimismo, la gloria de Elina cuando sus grandes cualidades se acentúen y confirmen. Los innumerables bocetos de flores que adornan las paredes de su estudio, cautivan por la finura modernista, graciosa y elegante de sus agrupamientos, tonos y matices. Y ¿qué mucho que la mano aristocrática de Elina Molins pinte con notable acierto las rosas, que el cisne del Dusseldorf llamó «sonrisas de los campos», llevando como lleva en su espíritu privilegiado y en sus ojos adorables todas las sonrisas de los cielos?

¡Oh! Aquel perfil de diosa y aquella cabellera de heroína, muestran claro y bien que la artista viaguesa ha recibido todas las inspiraciones de la musa inmortal que acaricia la frente de sus elegidos con sus alas sin mancha...

VICTOR SAID ARMESTO



UNA EXCURSIÓN Á REDONDELA EL DÍA DE CORPUS

ARTÍCULO DESCRIPTIVO, CÓMICO-LARGO.....

(CON NOTAS ACLARATORIAS DE LOS NOTABLES ERUDITOS SRES. CUIÑAS, CAMPO MORENO Y LABARTA POSE)

ERA el día de Corpus.

Yo estaba en mi despacho sumamente atareado, faja que faja los ejemplares del cuarto número de nuestra revista, pues han de saber ustedes que lo mismo que la pluma manejo yo la brocha: creo que mejor la brocha que la pluma. Y lo digo, anticipándome al pensamiento del lector.

No esperaba visitas á aquella hora, cuando he aquí que se abre la puerta del despacho y entra el señor Director de la revista precediendo á dos caballeros particulares.



Este santo talluñito
Es San Cristóbal bendito.

—¡Dos suscriptores!—pensé empuñando el lápiz con altivez, para *matricularlos*—pero no me decidí á ello, al ver las tres sonrisitas que vagaban (1) en aquellas tres caras plácidas.

—¿Quiénes serán éstos y porqué se ríen?—dije yo.—Y les ofrecí asiento miránolos á hurtadillas, porque creía reconocer aquellas fisonomías simpáticas y risueñas. En efecto; uno de ellos, el gordo, (2) me parecía un arquitecto (3) que yo había visto no sé en donde; el otro, flacucho, juraría que era un empleado de Correos (4) de la provincia. En la duda estaba, cuando Labarta me dijo, frotándose las manos: (5)

—¡Vienen á buscarnos! (6)

—Sí, eh?—contesté sin comprender para que nos buscaban aquellos dos señores.

—¡Y preparados!—exclamó el más jóven poniendo delante de mis narices, una á manera de caja de pasas de lujo, que resultó ser una máquina fotográfica...

Lo de la máquina fué para mi una revelación (7) y caí de la burra. Estaba sentado en un número de *El Áncora*... ¡Al que le ha salido un crítico! (8)

Aquel fotógrafo insigne (9) era el periodista vigués Campo Moreno. Su acom-

(1) ¡Protesto! En nosotros (en mi al menos) na la es vago, ¡ni aún la sonrisa.—C. Moreno.

(2) Eso no es un elogio. Eso es sacarle á uno las carnes á la vergüenza y aun á la balanza pública. Ya engordará V. también y me prometo verle *faja que faja*, sin poder reducir la tripa.—Cuiñas

(3) ¿Arquitecto? No va V. descaminado. Sé donde me apreta el arquitrabe.—Cuiñas.

(4) *Correos*, no; Co-reo fotográfico de V. si que puede llamarseme. Y á las *pruebas* fotográficas me remito.—C. Moreno.

(5) ¡Rectifico esa humorada!

¡Yo no me he frotado nada!—Labarta.

(6) Eso lo pensaría V., pero yo no lo dije. ¡A buscarnos! Vamos; V. oyó que era la pareja de la Guardia civil.—Labarta.

(7) La *revelación*, ó el revelado fué al día siguiente ¡No hay que confundir Gerardo!—C. Moreno.

(8) Vamos, un escape de *Ancora*... al trote.—Cuiñas.

(9) ¡Hombre, no tanto!—C. Moreno.

pañante ¡quién había de ser! Nuestro gran Cuiñas, (10) aun mejor, nuestro gordo Cuiñas. (11)

¡Y yo que los había confundido lamentablemente con dos seres vulgares!

Venían á buscarnos, si, á hacernos dejar unos momentos la terrible monotonía de la vida ordinaria, y á mí, á librarme de pegar fajas y cortar sellos...

¡Bienvenidos los simpáticos escritores! Pero ¿á dónde nos iban á llevar?... Pregunté y me digeron:

—A Redondela, á ver la coca.

Yo debí torcer el gesto, por cuanto Labarta me dijo enseguida:

—Que, eh, no le gusta á V., eh, la idea, eh, de ver la coca, eh. (12)

—No es eso, eh—repuse—es que lo confieso, le tengo á esa señora algun respeto, más francamente, un poco miedo...

—¿Por qué?—dijeron en triduo. ¡Miedo á la coca!



Estos son los gigantones
Que pasan de los balcones.



Se hicieron estas figuras
Todas de noche.... ¡y á oscuras!

—¡Y cómo no! ¿No es la mujer del *coco*...! (13)

Y debí convencerles de lo fundado de mis temores cuando sin contestarme una palabra se levantaron los de Vigo.

—Pues nada, á prepararse—dijeron. Nosotros vamos á almorzar. Les invitaríamos (14) á hacerlo en nuestra compañía, pero tenemos el compromiso de comer con un matrimonio de Vigo. Sin embargo, si ustedes quieren...

(10) Agradezco el adjetivo apreciable D. Gerardo, pero no puedo admitirlo porque me viene muy ancho.—Cuiñas.

(11) Compadre, por lo visto quiere V. hacerme el caldo *gordo*.—Cuiñas.

(12) Caramba! V. me provoca porque yo no he dicho así! ¡La idea de ver la coca

Tampoco me gusta á mí!—Labarta.

(13) Si, señor, pero el *coco* dejó de ser temible desde que Labarta se lo comió convertido en yemas.—Cuiñas.

(14) Usted dispense. No les invitamos á ustedes en pretérito imperfecto de subjuntivo, sino en presente de indicativo. Conviene no confundir los tiempos... ni las personas.—Cuiñas.

—Muchas gracias — contestamos los de Pontevedra, pero caramba, lo sentimos. ¡Nosotros que deseábamos que nos acompañasen ustedes á almorzar!



Redondela en pelotón...
Mirando la procesión.

—A no ser que le digamos al matrimonio...

—Cá, de ningún modo. ¡Faltar al compromiso por esa causa!...- me apresuré á decir, temiendo ya que aceptasen el convite. (15)

(Después averiguamos que lo del matrimonio era una invención á que ellos, á su vez, habían apelado para no tener que convidarnos.) (16)

Llegó la hora y fuime á la estación cuando faltaban ya pocos minutos para que el tren saliese y allí encontré (17) á Cuiñas y á Campo, que nos esperaban impacientes.

—¿No viene Labarta?—me preguntaron.

—Vá, les digo.

—Pero ¿en dónde?

—¿Dónde ha de ser! En bicicleta. ¡Sería bueno que con esta tarde abrasadora y con este sol de justicia, Labarta fuese en tren! Vá en bicicleta, de ese modo gozará las delicias de este día de verano, hará ejercicio, conversará con un droguero que le acompaña....., y llegará dos horas más tarde.

—Pues hay que convenir—dijo Cuiñas, que en esas condiciones nos lleva muchísimas ventajas. ¿Tendrá buena bicicleta?

—¡Magnífica! Le ha costado tan sólo sesenta duros, pero es superior, tiene un equilibrio que él sólo sabe guardar; (18) los pedales se mueven que es una maravilla, uno de ellos se sale del eje; el cuadro está roto; el freno no llega á la rueda, y la corneta no toca. (19)

(15) Ah, ¡gallego moderno!...—Cuiñas.

(16) Don Gerardo, repare que nos está V. faltando; los grandes y los insignes como nosotros, pagan todo... á escote.—Cuiñas.

(17) En unión del matrimonio, sea V. veraz. Por cierto que le convidamos á V. á café; diga V. que no! y á una copa de anís. El anís creo que me lo bebí yo, aunque no estoy muy seguro.—Cuiñas.

(18) Pero si es la bicicleta la que tiene el equilibrio ¿cómo lo guarda Labarta? Entónces no lo tiene la máquina!—C. Moreno.

(19) Sin embargo, me cabe el consuelo de que hay muchos individuos en el mundo que están peores que mi bicicleta.—Labarta.

Ante esta descripción no pudo contener Campo Moreno un gesto de mal disimulada envidia. (20) Dieron la salida, y entonces nos metimos en un coche de primera, es decir, el coche era de tercera clase, pero de *primera calidad*. (21) Nos sentamos, y al instante percibió Cuiñas un letrero escrito en la madera, junto á la ventana, y con esa afición á leerlo todo que Dios le ha dado, (22) leyó aquellas líneas, que decían así:

Aquí fué Juan Fernández

—¡Séale el vagón ligero!—exclamé, descubriéndome respetuosamente — y cuando comenzábamos á comentar el original renglón, llegó á nuestro lado y metió baza y otras cosas, en nuestra conversación, un elegante jóven, á quien mis dos amigos no conocían, y yo no trataba.

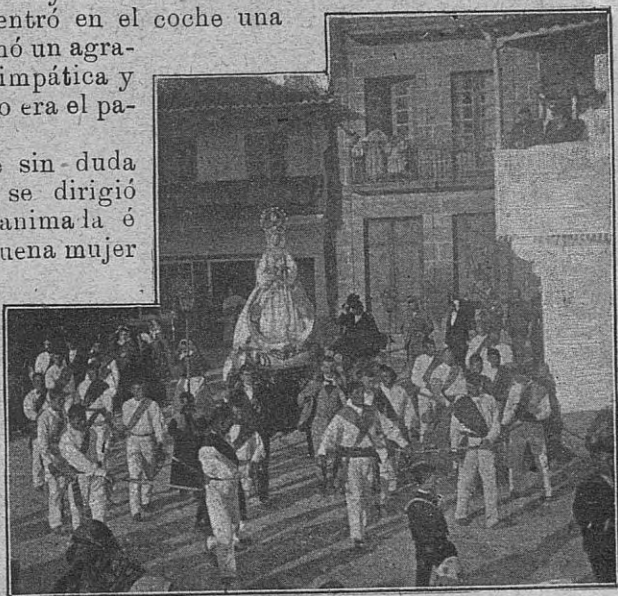
¡Con lo cual empezamos á ir muy divertidos!

Gracias á que en Arcade, entró en el coche una buena mujer que nos proporcionó un agradable rato. Era habladora, simpática y graciosa. (23) Su único defecto era el pasar de los setenta abriles.

Pero aunque vieja, gustole sin duda el apuesto Cuiñas (24) y á él se dirigió entablado una conversación animada é insinuante. Por cierto que la buena mujer *le tomó por otro*; le confundió con un rico propietario de unas famosas aguas de la provincia, (25) pariente del señor Párroco de Arcade, (26) y en esa creencia le abrió inocentemente su corazón y casi el del Cura.

Y así charlando llegamos á Redondela. Bajamos del tren y, atravesando la estación, nos dirigimos camino de la villa, siempre en la deliciosa compañía del cuarto expedicionario, que era un cuarto que aun no llegaba á ochavo. (27)

Ya en el camavo tuvimos que contener varias veces al amigo Campo, que poseído de fiebre fotográfica todo quiere *instantanearlo*.



Esta es la danza de espadas.
(y están todas oxidadas.)

(20) No era envidia: eran *reminiscencias* de la langosta que nos habian servido en el *restaurant* de la estación C. Moreno.

(21) Pues bien, una vez en el terreno de la sinceridad y del deslinde de *clases*, debo manifestar que lo único de primera que vimos en el coche fué el puño de aquel paraguas greco-romano, ó viceversa. ¡Qué puño, ni el del Duque de Tetuán!—Cuiñas.

(22) Todo no. Hay poesías que no puedo con ellas. Me *barren* la vista.—Cuiñas [.]

(23) Gracias; es favor que V. la hace.—Cuiñas.

(24) Apuesto... algo á que V. me adula.—Cuiñas.

(25) Es verdad. Aquel día debía yo de tener una cara muy *movible*. Primero me confundió V. con un arquitecto; luego me tomaron por un retratista y, por último, la vieja insinuante del vagón, me llamaba don Enrique.—Cuiñas.

(26) De Sotomayor. No *revuelva* V. las parroquias.—Cuiñas.

(27) ¡Le hubiéramos *descuarti*-zado!—C. Moreno.

[.] Con esta fecha una lista
Le remito de mis trovas,
Por si V. precisa escobas
Para barrerle la vista.—Labarta

Pero nuestro ascendiente duró poco. A la entrada del pueblo varios individuos de ambos sexos comían ó merendaban, que eso no lo conocimos á simple vista. Ante aquel cuadro abrióse á Campo el apetito del retrato, y veloz como un mono se encaramó *encima* (28 de las ramas de un árbol, que caían sobre el río. Allí no pudieron seguirle nuestras humanidades y el atentado fotográfico quedó consumado.

Después de esto nos dirigimos hacia el pueblo, y entramos en el Casino que está sito en la plaza. Subimos y en tanto que Cuiñas nos abandonaba para dar una vuelta por las calles, á averiguar según nos dijo que vecinas se dedicaban al noble ejercicio de la costura con objeto, sin duda, de seducirlas, (29) para que adquiriesen alguna *Singer* de las baratas, (30) Campo y yo nos sentamos en el balcón que dá á la plaza, esperando el instante del feliz arribo de Labarta, instante que confiese dudaba yó llegase. (31)



Las pelás bailan aquí...
¡Porque sí!

Y para entretenernos mientras ese momento se acercaba, pensamos en hacer alguna atrocidad, digo, alguna instantánea. Con el proyecto estábamos cuando sentimos que decían:

—Las pelás! las pelás! Ahí vienen las pelás!

A cuyos gritos abrimos los ojos todo lo posible para ver que era aquello que ni Campo, ni yo, conocíamos, y lo decimos sin temor á que se nos tache de ignorantes (32) que no lo somos, y me está muy bien el decirlo!

Eran las pelás dos niñas vestidas de... Nada, vean

ustedes la fotografía y sabrán así lo que eran las pelás.

En cuanto á lo que significan no se lo puedo yo decir á ustedes porque lo ignoro, pero pregúntenselos á Labarta... que tampoco lo sabe (33).

Excuso manifestar que Campo Moreno se sintió feliz al ver las criaturas y que una placa más de su máquina sufrió la impresión de aquel baile, que también á nosotros nos impresionó.

Volvimos al observatorio y al poco rato aparecieron allá en la carretera dos pequeños puntos. Eran Labarta y el droguero. Aquellos puntos fueron agrandando y al poco rato estaban en la plaza convertidos en personas: pero no por eso dejaron de ser *puntos*. (34)

(28) Porque todavía no he aprendido á encaramarme debajo.—C. Moreno.

(29) ¡¡Señor Alvarez!!—Cuiñas.

(30) Y á propósito: ¿Cuanto me compra V. una de las caras? Se la daré á V. barata.—Cuiñas.

(31) Ignoro porque motivo

Dudaba v. de mi arribo.—Labarta.

(32) Este Gerardo agota el repertorio. Primero me llama *mono*, y luego dice que no soy ignorante. No habrá querido calificarme de *mono-sabio*; pero lo parece...—C. Moreno.

(33) ¡Qué no lo sé yo tampoco!

No sea V. embustero.

¿Quién ignora que las pelás

Son las hembras de los pelos?—Labarta.

(34) ¡V. si que es un punto filipino!—Labarta.

Yo quedé sorprendido á la vista de mi Director, pues si me extrañaba no poco verle llegar bueno y salvo, no me admiraba menos el contemplarle con su gorrita de *spormant*. No pude al pronto explicarme como él había sucumbido á usar la gorra de visera; pero al otro dia comprendí lo que se había propuesto. ¡Era el andar de gorra toda la tarde! (35) Y me dió esta idea el haber sabido que merendó en casa de un *su* primo y corresponsal en Redondela; (36) que tomó unos dulces en el Ayuntamiento; (37) y que, á su regreso á Pontevedra cenó en Arcade y pagó la cena... el droguero, por supuesto. (38)

Llegaron, como digo, y nos fuimos á buscar alojamiento para las bicicletas, que quedaron instaladas en una botica. Allí el dependiente, limpió muy solícito el pantalón de Labarta que iba *adornado* de manchas negras. ¡La pícara bicicleta! Al poco rato aquellas habían desaparecido y en su lugar lucían dos amarillas que daban gusto, porque eso si, no ocupaban más que una pierna del pantalón cada una. (39)

Pero al fin y al cabo la cosa no era de sentir. Era un pantalón que había comprado dos dias antes, se lo había roto el dia anterior, y bien podía, por lo tanto, permitirse en aquel el lujo de dejarlo inservible. (40)

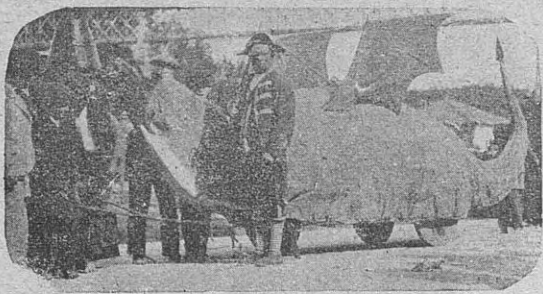
Después fuimos á una porción de sitios. Al Ayuntamiento donde nos obsequiaron con licores, al Casino, y por último á casa del Párroco. Pasaba por allí la procesión y Campo Moreno no podía prescindir de tomar (41) la danza de espadas. Yo por mi parte tenía el propósito de sacar los gigantones. (42)

Nos agarramos, pues, al conocimiento (43) que uno de nuestros acompañantes tenía con el señor Cura y allá nos fuimos todos. Excuso decir, que también á allí nos siguió el pollo elegante.

Subimos, por tanto, á la casa, y solo Cuiñas y Labarta se quedaron fuera conversando, pero nosotros sin esperarles asaltamos el balcón y enfocamos los objetivos á la plaza, á guisa de baterías.

Al poco rato subieron los rezagados; y como ya los demás habíamos pasado al balcón se encontraron en la sala sombrero en mano, sin tener quien les presentase y llegaron hasta una mesa donde nosotros habíamos dejado los *chapeos*, sin atreverse á avanzar ni á retroceder.

Pero ya el señor Abad, amable y sonriente les salía al encuentro y ocurría entre ellos la siguiente escena:



Esos dos, según he oído,
Son la coca... y su marido.

[35] ¿De gorra? ¡Pues como si no la llevara!—*Labarta*.

[36] Todo eso es cierto... ¡menos la merienda!—*Labarta*.

[37] Que así se equivoque usted

No es justo, santo, ni bueno

¡Los dulces que allí tomé...

Que me sirvan de veneno!—*Labarta*.

[38] Sí, si, la pagó el droguero

¡Pero fué con mi dinero!—*Labarta*.

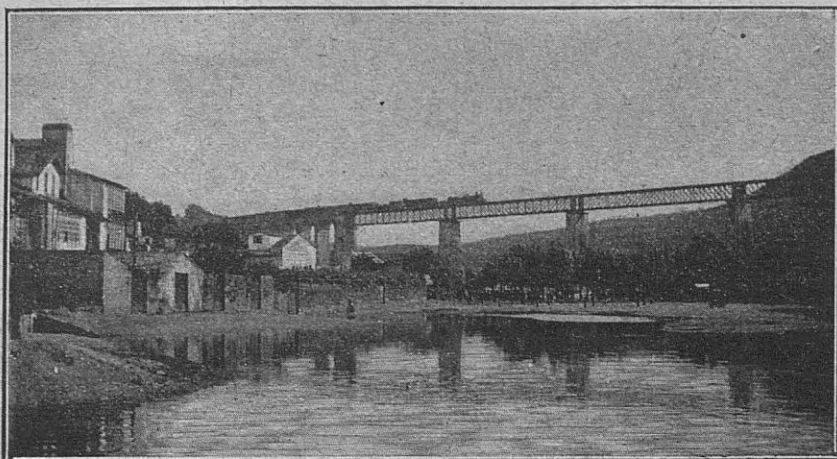
[39] ¡Habla V. como un *profeta retrospectivo*! ¡Eso si que es todo verdad!—*Labarta*.

[40] Continúa V. siendo verídico. Es V. un cronista fiel de todos mis contratiempos.—*Labarta*.

[41] ¡Buen provecho!—*Labarta*.

[42] ¡Sacar V. solo los gigantones! ¿Y como quería V. sacarlos? ¿Debajo del brazo? ¡Adios, Sansón.—*Labarta*.

[43] ¡Era no único á que podíamos agarrarnos! ¡Al conocimiento!—*Labarta*.



En Redondela.... este puente,
le hace el amor al de enfrente.

(Los dos de pié al lado de la mesa; Cuiñas con el sombrero en la mano y las manos cruzadas á la espalda; Labarta con la gorra metida en el bolsillo) (44)

El Cura.—¡Cúbrase usted—á Cuiñas.

Cuiñas.—Muchas gracias; hace calor.

El Cura.—De ninguna manera! Póngase V. el sombrero—cogiendo uno de paja de encima de la mesa.

Cuiñas.—Estoy perfectamente.

El Cura.—¡Pues no faltaba más!—encasquetándole el sombrero de paja.

Cuiñas.—(Con el sombrero en la coronilla) y pretendiendo quitársele—usted dispense....

El Cura.—(Sugetándole los brazos) ¡Qué no lo consiento!

Cuiñas.—Pero si... forcejeando.

El Cura.—Nada, nada... forcejeando también.

El sombrero.—(Rodando por el suelo)—¡me he caido!

El Cura.—(Cogiéndolo)—Pero hombre...

Cuiñas.—(Respirando)—¡Si el mio es este!—Se pone el suyo. (45)

El Cura.—Ah,—se dirije á Labarta.

Labarta.—Eh?

El Cura.—Que se cubra usted.

Labarta.—No, eh...

El Cura.—No hay Noé que valga (poniéndole el sombrero).

Labarta.—Señor Cura si yo, eh?

El Cura.—Fuera cumplidos!

Labarta.—(Enseñándole la gorra)—¡Si yo traigo esto!

El Cura.—(Dejando caer de nuevo el sombrero, y pisándole al querer cogerlo)... Pero entonces...

[44] Rectifico. Yo no acostumbro á guardarme las gorras en el bolsillo.—*Labarta.*

[45] La antecedente relación es rigurosamente exacta, respondo con mi cabeza. Se trataba, en efecto, de un sombrero vegetal, de paja de arroz, con más arroz que paja, digo, al revés, que el Sr. Abad, con la sencillez del mundo quiso adjudicarme, contra la voluntad del dueño de la prenda y aun contra la mia, porque no gusto de Hevar el tejado de paja. Por cierto que Labarta hizo correr la voz de que el sombrero en cuestión era de los llamados de canal. ¡Ganas de canalizar la güasa! [...].—*Cuiñas.*

[...] ¡No fué por eso! He dicho de canal porque no me atreví á decir que era de paja. ¡Se creerían algunos que el cura nos convidaba á comer!—*Labarta.*

El dueño del sombrero.—Señor, ¿donde estará mi sombrero?

El Cura.—(Presentándosele)—Ah...

Los demás.—(Entrando) al verle en aquel estado—Oh.....

Labarta.—Eh?....

El dueño.—Uh!...

Y..... puntos suspensivos.

Nos despedimos y bajamos la escalera riendo de lo lindo. Solo uno iba serio, el dueño de la prenda: (46) solo uno sonreía: Campo Moreno; pensaba en que la danza de espadas debía haberle salido superiormente. (47) y que en cambio á mi no me habría resultado. ¡Y lo peor del caso es que acertó el muy... fotógrafo!

Ya en la calle, nos digeron que los trenes de Vigo y Pontevedra iban á salir con lo cual echamos á correr camino de la estación. Sudorosos, jadeantes, entramos en ella y rápidos como una flecha pasamos al andén, casi seguros de no hallar ya los trenes respectivos.

En efecto en el andén... tuvimos que esperar tres cuartos de hora la salida.

Ya allí no quisimos perder el tiempo. Cuiñas leyó todos los anuncios que había en aquel sitio, (48) y Campo Moreno no dejó placa por impresionar (49). En su manía hasta se empeñó en fotografiar unos bizcochos que yo tomaba en la cantina para matar el hambre, y aun el tiempo.

Al fin, dieron la salida, nos despedimos; y en este instante me propuso Cuiñas, y yo acepté en nombre de Labarta y en el mio una nueva excursión...

Pero de eso ya les hablarán á ustedes en otro número. (50)

G. ALBAREZ LÍMESES



[46] El joven elegante ¡Que conste!—*C. Moreno!*

[47] *Archi, archi*—superiormente. Y se puede ver.—*C. Moreno.*

[48] No hay tales anuncios—ni tales carneros.—Usted, don Gerar lo—me toma el cabello.—

Pues se lleva chasco—porque no lo tengo.—*Cuiñas.*

[49] ¡Envidioso! Sin impresionar bien, se dice.—*C. Moreno.*

[50] ¿También habrá notas? [...] Pues será cosa de cobrar á los suscriptores de *Galicia Moderna* la lección de gimnasia, que no otra cosa resulta la lectura de un artículo de estos con tanto subir y bajar la cabeza, como es preciso.

[...] ¡Volver á meter la pata!—No, por Dios. ¡Basta de lata!—*Yo, el autor.*



SALVADOR GOLPE,
Presidente

JOSÉ BALDOMIR,
Director

Es la masa coral más popular de Galicia, la que con mayor constancia ha luchado para hacer sonar en regiones extrañas los *ecos* de nuestras melodías, dulces, suaves, encantadoras... Al grupo de entusiastas jóvenes que la componen, debe la patria días de gloria y de triunfo, pues su amor á ella les ha impelido á llevar las notas arrancadas de su amoroso seno, no sólo á las principales ciudades de España, sino también á otras del extranjero.

Su brillante historia comienza en el año 1882, y en aquella época no resonaron los triunfos más allá de los estrechos límites de la región gallega. Alcanzó los primeros bajo la dirección del eminente músico D. Pascual Veiga; y al poco tiempo de su existencia se encargó de aquélla el inteligente maestro Chané, que con su exquisito oído músico y su gusto artístico, hizo del orfeón *una caja de música* y le llevó á conquistar dos primeros premios á Vigo y Pontevedra.

Más tarde, venció en Madrid á masas corales de tanto renombre como las de Bilbao y San Sebastian; y en 1888 fué á Barcelona, donde en lucha con nueve orfeones, catalanes y franceses, obtuvo el primer premio (5.000 pesetas) y varios regalos, produciendo tal entusiasmo los aires populares de su repertorio, que su ya sólida fama se extendió entonces por España entera y muchas ciudades se disputaron el oírle y premiarle con sus aplausos. En Madrid nuevamente; en San Sebastian, donde cantó en el palacio Miramar, felicitando S. M. la Reina personalmente á su director, y en León, á donde fué insistentemente llamado, consiguió en aquella época grandes ovaciones. Oviedo, Gijón y Santander; Valladolid y Badajoz añadieron nuevos laureos á los que ya tenía ganados en reñidas luchas, y en la ciudad extremeña fué objeto de entusiastas manifestaciones de cariño que compartió entonces con el orfeón coruñés su nuevo director el distinguido artista D. José Baldomir, que al regresar de aquella excursión le condujo á Oporto, y bajo su batuta le proporcionó nuevos días de victoria, que es de esperar no tardarán en repetirse.

Pero la más audaz empresa del orfeón gallego, coronada, en verdad, por un glorioso éxito, la acometió con noble decisión en 1889. En este año, llevó á París las mágicas notas de nuestros cantares y el entusiasmo que despertó en su concierto en el *Hotel de Ville*, fué tan grande que el alcalde de la capital de Francia, felicitó telegráficamente al de la ciudad herculina, por el triunfo allí obtenido por sus hijos.

El orfeón *El Eco*, del cual es presidente nuestro querido amigo el distinguido escritor D. Salvador Golpe colaborador de GALICIA MODERNA, uno pues, á su indiscutible valor artístico, otro mérito más, que le hace acreedor al afecto entrañable que por él sentimos los buenos gallegos.

El de haber contribuido en gran manera con su gigante esfuerzo, á la ansiada redención de nuestra querida Galicia,

SOCIEDADES CORALES DE GALICIA

El Orfeón coruñés EL ECO



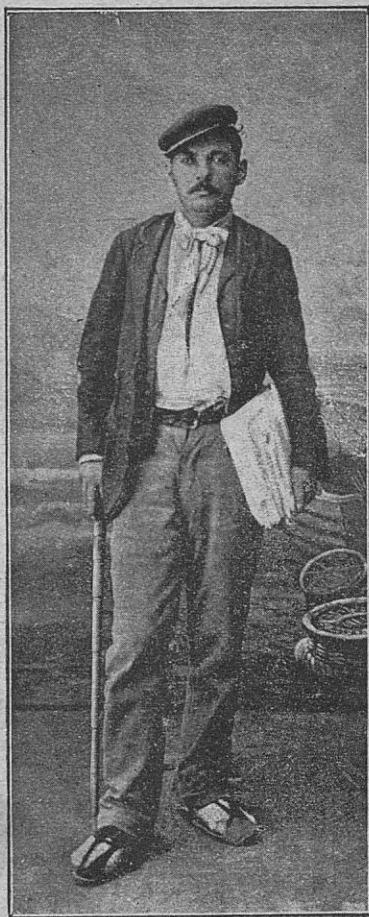


GALERÍA

DE



HOMBRES FELICES



CARLOS REY (CARLITOS)

(VIGO)

En una noche de truenos
 (¡qué noche, válgame Dios!)
 nació Carlitos, el hombre
 más feo que hay bajo el Sol.
 (Esto de feo lo digo
 por lisonja, si señor.)
 Pero la Naturaleza
 que siempre se distinguió
 por previsor, dió á Carlos,
 en justa compensación,
 además de un alma... grande
 una magnífica voz
 que para si la quisieran
 ¡va lo creo! mas de dos
 bajos de zarzuela chica
 y aun de zarzuela .. mayor.

¡Voz poderosa la suya!
 Formidable, de ciclón,
 que el usufructuario sabe
 reforzar con alcohol
 á fin de hacerla más áspera
 ó, si se quiere, feroz.
 Para vocear periódicos
 no admite sustitución;
 es el *Rey* de los que gritan
 desde Vigo á Nueva-York:
 »*El Imparcial! La Concordia!*
 »*El Independiente* de hoy,
 »Con *grandes y larges* par-tes.
 »*Muertos y heridos...*» ¡Horror!

Con los Administradores
de los diarios rifó
no una, doscientas veces,
y todo ello por *mor*
de las *perras* que él se guarda
y no la Administración.
Porque es lo que él dice: «¿Cuentas?
»Sólo se las rindo á Dios».
(Y es capaz de darle un . . chasco
al propio Nuestro Señor)
Tiene an lares de flamenco
y posturas de *gachó*,
y pisando con el *cúbis*

y apoyado en un bastón
vá por las calles luciendo
todo lo que Dios le dió:
unos *pieses*... imposibles
y el gran chorro de su voz.

Nota bene.—Nuestro tipo
siente amorosa pasión
por una *princesa* que,
Caramán Chimay ó nó
quiere á Carlitos por . . *húngaro*
y á la vez por... *cumplidor*.

PIO L. CUIÑAS

GALICIA AL DIA

FIESTAS PÚBLICAS

Ya en Compostela empezaron
los renombrados festejos
que en honor del *Santo Apóstol*
el municipio ha dipuesto.

El quince, á las doce en punto,
las *bombas* de reglamento,
estallando en el espacio,
han dicho á los forasteros,
en un *lenguaje* algo brusco,
y formando horrible estrépito,
que en la *Atenas de Occidente*
ha comenzado el *jaleo*.

Las calles de la ciudad
se llenaron al momento,
de *bimbas* aristocráticas,
de sotanas y manteos,
levitas de todas formas
y trages de todos géneros,
que llevan, según su clase,
con más ó menos salero,
acicalados gomosos,
y melancólicos viejos,
presbíteros campechanos,
canónigos jaraneros,
señoritas vivarachas
y *jamonas* de ojos tiernos.

Mientras tanto, las campanas,
repican todas á un tiempo,
y las *músicas sonoras*
recorren el pueblo entero;
y en las casas, *las patronas*,
en continuo movimiento,

dan órdenes apremiantes
preparando los pucheros,
ya confeccionando salsas,
y otros ricos condimentos,
ya desollando algun gato
que pasará por conejo
para el forastero humilde,
que á todo se halla dispuesto,
con tal de obtener tres cosas:
el ver el *Bota-fumeiro*,
oir cantar los canónigos,
y ganarse el jubileo.

Sin embargo de lo dicho,
no á todos los forasteros,
al ir hoy á Compostela
les conduce el mismo objeto.
Hay quien ha ido á Santiago
para rezar en el templo,
como irá después á Vigo,
entusiasta del toreo.

Yo sé de una señorita,
que es natural de á Sangenjo,
con unos ojos hermosos
en su carita de cielo,...
y una joroba en la espalda,
que parece un monumento;
y cómo en tal *circunstancia*,
nadie la quiere en el pueblo,
decidióse ir Santiago
por si entre los forasteros
hay algun desaprensivo
que cargue con el mochuelo.

Y, en efecto, á los tres dias,
yo no sé bien por que medios,
logró la hiciere el amor
un cojo de Rivadeo,
que era, según parecía,
un bellissimo sujeto.

Y esta mañana, los dos,
entre el bullicio del pueblo,
muy juntitos se juraban
profesarse amor eterno.

—¿Me quieres mucho, cielin?

—Te adoro, amado Fulgencio!

—¿Me olvidarás?

—En la vida!

Antes, los astros del cielo
olvidarán su carrera
en los *espacios etéreos!*

Y cuando más embebidos
se hallaban en su amor tierno,
¡paf!... le atizan al galán
un *soplamocos* tremendo;

y si no es por la joroba
de su *adorado tormento*,
de fiijo hubiera caído
de narices sobre el suelo.

—Infiel!... ¡granuja!... ¡canalla!
¡vil esposo!... ¡ruin!... ¡baldreo!—
le grita airada, una vieja
que aparece en el momento,
con unas gafas azules
y bigotes estupendos.

Mas, después del gran tumulto,
y un escándalo muy serio,
pudo, *por fin*, aclararse
el misterioso suceso.

El galán enamorado,
aquel amable sujeto,
resultó un comisionista
de una fabrica de cueros,
¡casado en *segundas nupcias*,
hace un año, en Rivadeo!!!

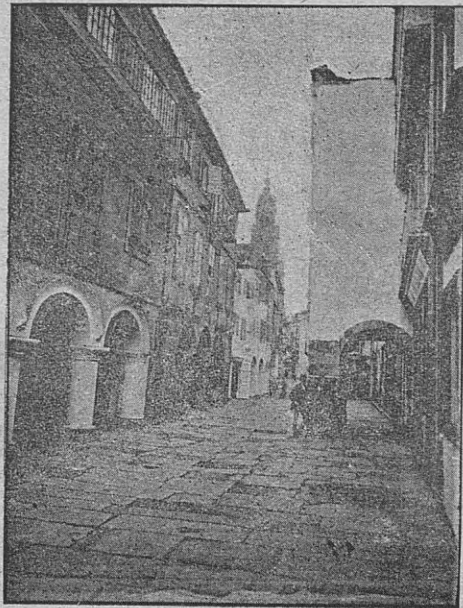
JAVIER VALCARCE OCAMPO.

ALGO DE SANTIAGO

APUNTES FOTOGRAFICOS



REMATE DE LA FACHADA DEL CONSISTORIO



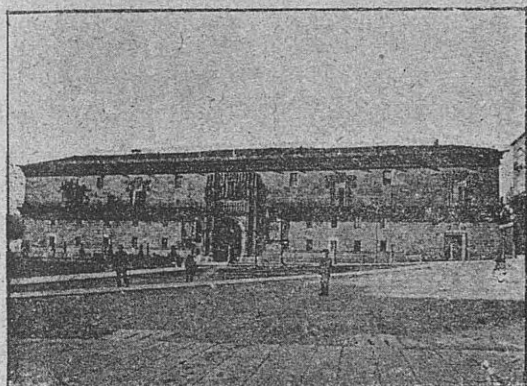
LA RUA DEL VILLAR



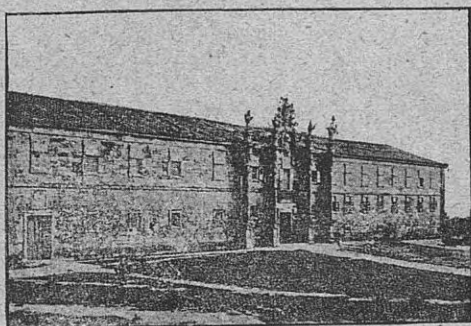
UN DETALLE DEL PASEO DE LA HERRADURA



JARDINES DE MENDEZ NÚÑEZ



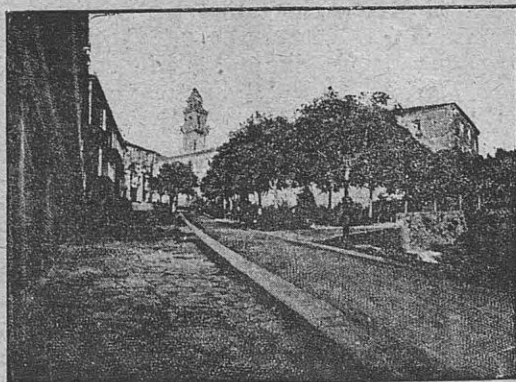
EL HOSPITAL GENERAL



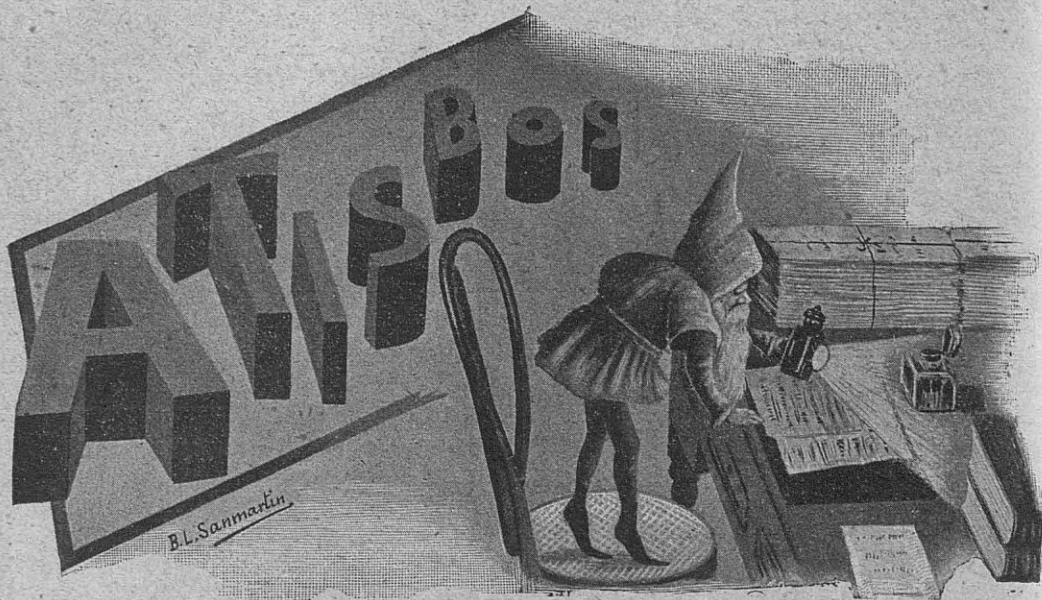
FACHADA DEL CONVENTO DE CONJO



EL SEMINARIO CONCILIAR



IGLESIA DE SANTO DOMINGO



Forain

Cuando hará dos años el Gobierno francés decidió premiar los méritos del insigne caricaturista con la más preciada de las recompensas, la Cruz de la Legión de Honor, debiera haber puesto al pié del nombre del nuevo laureado la mención: Filósofo y moralista.

En efecto, las obras de Forain nada valen ó valen muy poco, si exclusivamente como dibujante se le considera. Henriot, con sus finas siluetas semanales de *L' Illustration*, Mars, con sus lindos perfiles de actrices, gomasas y *cyclewomen*, en los albums de Plon, Leandre, acabando de inmortalizar con el lápiz el tipo de Madame Cardinal que la pluma de Ludovico Halevy trazó con perdurable relieve, Caran d'Adre con sus grotescos *bonshommes*, maniáticos inofensivos, y algunos otros más entre los actuales maestros de la caricatura francesa, superan á Forain

en la gracia puramente gráfica de sus creaciones.

Y esto mismo es ya un rasgo de moralista en el autor de *La Comedie Parisienne*. Siendo su objeto fustigar el vicio, en la bestial expresión fisonómica de sus Sansones embrutecidos por los deleites, en el rostro exangue y enflaquecido por la lujuria y la codicia de sus Dalilas, se encuentran ya los primeros elementos de la lección moral que trata de darnos. Sacrifica, pues, su consumada ciencia de dibujante—revelándola no más en tal cual escorzo admirable, en esta ó la otra actitud *semántica*—ya no se dice *sugestiva*, oh Clarin!—consagrando á afeer sus modelos todos los recursos de su arte, tanto más refinado cuanto menos aparente.

Así es inútil buscar en este austero pintor de costumbres ultra-licenciosas la grosera satisfacción que procuran á los aficionados—y son legión—las morbideces de Willette, las gracilidades de Guillaume y las desnudeces de los ar-

tistas que todas las semanas traducen con el lápiz las sutiles invenciones—desdichadamente tan cercanas á la realidad—de *La Vie Parisiense*.

No: la fuerza de Forain estriba en las ocho ó diez palabras—nunca más—que pone al pié de sus dibujos. Historiador como Tácito y más que Tácito conciso y nervioso, cada una de sus leyendas es un latigazo en el rostro de sus contemporáneos... Así la risa que provocan termina con dolorosa mueca... Banqueros y cortesanas, cómicos y danzarinas, políticos y Celestinas, todos aparecen en su galería sintetizados en una frase corrosiva como el vitriolo que tantas veces oprime la convulsa distra de sus *vengadoras*, á veces en un simple gesto, como en su propia inmovilidad acusan las orillas de corrompida charca el cieno acumulado en el fondo.

¿Queréis ejemplos?

Ved ese ciudadano de hebraico perfil que se levanta de su butaca, en el último acto de *Fausto* preguntando acongojado:

—*¡Y las alhajas!*

Aquel dignísimo ejemplar de la raza semítica, de todo el sublime drama de Goethe, remozado por la poderosa fantasía de Gounod, solo ha retenido una cosa y solo de ella se cura; el paradero del collar de perlas, que con sus infernales reflejos trajo á la infeliz Margarita hasta aquella prisión, donde agoniza pálida y enflaquecida por los remordimientos...

En otra página, la madre de una

bailarina la dice apoderándose de un enorme bouquet que acaba ésta de recibir de uno de sus amantes:

«*Me viene al pelo... para el cementerio.*»

E irá con horrible inconsciencia á adornar la tumba del honrado obrero, muerto de miseria, padre de la desventurada niña, con las flores destinadas á pagar viles complacencias de odalisca moderna...

La cosa se titula «*Día de difuntos*».

Y día de difuntos será para Francia el día en que todos sus viejos sean como los viejos de Forain—sus *seductores* casi siempre pasan de los cincuenta—y todos sus jóvenes como los recientemente retratados por Enrique Lavedan en su último libro, *Les jeunes*, con este subtítulo más amargo que las hieles del Profeta: *L' espoir de la France*.

En España nada tenemos de semejante á Forain. ¡Ojalá pudiéramos creer que no tenemos el copista porque tampoco poseemos los originales!

*
**

Hánme dicho que en un periódico local apareció un artículo de cuatro columnas acusando de irreligiosa mi oración á Bethancourt de pasados *Atisbos*.

Afortunadamente, no ha podido hacerme daño, porque en estos meses *sin erre*, me abstengo en absoluto de toda clase de mariscos.

Y de *Vieiras* y *Nécoras*, por ende.

Juan Muruais

MÚSICA POPULAR DE GALICIA

Antigua Danza de las espadas en Redondela

The musical score is arranged in two systems of staves. The first system consists of two staves: the upper staff is for the flute, marked 'Flauta' and 'Animato', and the lower staff is for the tamboril and castanets, marked 'Tamboril y Castañuelas'. The key signature has one sharp (F#) and the time signature is 2/4. The score includes various musical notations such as notes, rests, and dynamic markings like 'p' and 'f'. There are also handwritten annotations: '5.' above the first measure of the flute part, 'al. 8.' at the end of the first system, and 'al. 8.' at the end of the second system. The score concludes with a double bar line and repeat signs.



PAULA DEL MONTE

Muchas son ya las hermosas españolas que, tendiendo el vuelo sobre la frontera, van en busca del aplauso extranjero, propicio á los exotismos, sin otro bagaje que su propia belleza y la gracia nativa de los cantos y los bailes de la tierra andaluza.

"Paula" del Monte se ha lanzado también á la ventura, y hoy es en la capital francesa una artista de las más celebradas, porque es tal vez la más genuina intérprete de los cantos y bailes españoles en los teatros parisienses.

Otras compatriotas, desnaturalizan nuestra música y nuestras danzas, salpimentándolas con caprichosas invenciones de la fantasía ó con los extranjerismos propios del ambiente que las influye.

Paula del Monte es la bailarina y la cantadora clásica, netamente española, y sus boleros y sus sevillanas evocan el florido patio andaluz, como sus malagueñas y sus seguidillas recuerdan el típico rasgueo de las guitarras del barrio de Triana y como sus ojos de fuego dan la impresión ardorosa de nuestro brillante sol.



O TIO MISERIA

CONTO, METÁ D' ESTE MUNDO, E METÁ D' O OUTRO

I.

ERA o tío Miseria o labrego de mais bon humor de toda a comarca. Daba xenio ver aquel home de cote alegre, risono e churrusqueiro, e sentiase unha comezón d' envexa ô miralo tan felis; ¡Vaya si era felis! E tiña porque selo; pois gráceas á Dios ô bon d' o petrucio nunca lle faltou nada n-este mundo... pra morrer de fame.

Pol-a sua posición social podíasele chamar burgnés á boca chea e ser apuntado n-o libro roxo d' os anarquistas pró dia d' as venganzas; porqu' o tío Miseria era tod' un señor propietario, dono ausoluto d' unha leira de cinco varas de longo, e d' unha casa terreña de moitas comodidades, onde cabían perfectamente de pé, él, a parenta, un fillo y-a vaca marela. Y-einda quedaba siteo pra catro mais.. poñéndo' uns enriba d' outros.

En cant' á comer, n-a sua casa comíase ben. Pol-a mañan verzas con auga, ô medeo dia auga con verzas, e á noite volt' ás verzas e volt'-á y-auga. O estógamo d' o tío Miseria foi consenciente c' as verzas tod-a vida e gardoulles fidelidade hastr' a sua morte. ¡Talladas... nin velas! ¡Nunca quixo trato co-as talladas!

O tío Miseria era ademáis tod' un home importante: un ciudadano libre á quen o Goberno encheu xenerosamente hastr' a coronilla de dereitos cíviles e polítecicos. Como que tiña o dereito de pensar.. que non tiña un carto, o de casarse e crialos fillos, o de comer verzas e beber auga d' a fonte, o de votar... ¡y-hastra o de estoupar! E todo iso á cámbeco de bèn pouca cousa: total, unhas pesetiñas de contrebuceon pol-a leira, outras poucas pol-a casa, algunhas mais pol-o consumo d' as verzas, e o importe de tres cé lolas: a sua, a d' a parenta y-a d' o fillo. ¡Y hastra houbo quen quixo facerlle pagar a d' a vaca por cuesteon d' analoxía!

Era tamén o tío Miseria un home ilustrado, gráceas ô Goberno, que lle puxo

unha escola n-a parroquea pra que deprendese tod' o que pode insinar un maestro d' incompreta á quen o Autamento lle pagaba por trimestres vencidos todol-os seus haberes. ¡Pero aqueles trimestres debían de ser valentes como rayos; pois o probe d' o maestro, por moito' que pelexon co-éles, nunca conseguiu velos *vencidos!*

Aquel *dòmine incompreto*, insinulle ô tío Miseria moitas cousas. Por de contado o primeiro dia d' escola xa lle insinou os codos rompidos, duas ventanas n' o pantalón con vistas interiores y unhas botas tan alegres que se rían á carcaxadas antr' o material y-as solas.

Insinulle tamén qu' ô que tén catro pesetas si lle sacan dezaseis reis non lle queda un carto, qu' as letras d' o abecedario son letras que non se croban, e qu' o que non come.. auna.

Aparte d' iso deprende o tío Miseria, sin que ninguén ll'as insinase, total as verdades de Pero Grullo, y-outras moitas cousas que non eran de dispidirciar.

Sabía qu' o mundo é coadrado, ¡que non he pouco saber! Sabía que n-a terra solasmentes hay duas Nacions: España e a Mourería; e qu' a humanidade componse toda de cristianos, mouros é xudíos, sendo estes últemos os mais numerosos. ¡Cuasque tiña razón!

Sabía qu' un home de ben non debe ampararse d' a xusticia, senon fuxir d' ela como d' o lume, e que total-as leises refúndense n' unha: á lei d' o embudo.

Sabía tamén que o inferno é un forno moi grande cheo de sapos e cóbregas, que está debaixo de nos, (anqu' ás veces dudaba si teremos outro drento;) y-o ceo, unha bendita terra onde nin se traballa, nin se comen verzas, nin se paga contrebuceon.

E sabía (de moi boa tinta) qu' o Secretario d' o Autamento, o deputado d' o destrito, o xefe d' a políteca, y-o señor Picote (qu' era o mais rico d' a parroquea e daba cartos á rédetos ô sesenta por cento) habían d' ir todos ô inferno de cabeza, leva-

dos, un dempois d'outro, debaixo d'o brazo, pol-o mèsmo demo en persoa; namentras



qu' á él, ó probe tio Miseria, xa lle tiña Dios perjarado un bo sitio n' o ceo á man dereita, pol-as moitas qu' estaba pasando n-este mundo.

Pensando n' iso ¡que felís se consideraba o tio Miseria! ¡Non cambearía o seu polexo pol-o d' o mèsmo rei en persoa; porqu' o que él dicía:

—Pró tempo qu' hei d' estar n-este mundo o mèsmo me dá comer verzas que



polos; pró deixá, deixá, que n-o outro xa me desquitarei!

Y-esperando o desquite, o noso home tiña por forza que ser o mais felís de tod' a parróquea.

Por iso, cando chegou o día en que xa nin as verzas daban abasto prá matar a fame de todol-os d' aquela casa, y-houbo qu' embarcar prá Boenos-Aires ó úneco fillo, namentras á parenta choraba os sete chorares, o tio Miseria, anque sentia andar á porcesión por drento, escramaba fregándos' as maus.

—Cala, muller, cala ¡Deix' o ir! Cantas mais desgráceas nos veñan n' esta vida, mais satisfaucións nos esperan n-a outra ¡Hoxe gañamos o menos... oito ferrados de gloria!

O tio Miseria pra mandar o fillo ás Amérecas, empeñouse inda máis d' o qu' estaba. Fíxolle roupiña nova, pagou unha man chea de pesos pra pasalo por alto por caosa d' as quintas, e cando foi á dispidilo ó barco meteulle n-a faltriqueira os seus últimos aforros e, dándoll' un bico y-un abrazo, díxolle:



—Adios meu filliño. Si non volvemos á vernos n' este mundo e vou eu diante, cando ti morras, pergúntall' á San Pedro por mín, qu' él che guiará á ond' eu esté. Conque... hastra aló, e non chores, que por chorar non ch' han de dar nada

A pregunta qu' o tio Miseria ll' encargou prá San Pedro ó seu fillo, xa tivo este ocaseón de facerlla ós dous meses d' estar en Boenos-Aires. Ó probe rapás matárono as soedades. Y-enantes de morrer, revol-

véndose n-a cama d' o hospital, de ves en cando entornaba os ollos e soñaba... soñaba c-as verzas d' a cas d'o seu pai.

Y-o enfermeiro dicía:

—¡Si será burro o d' o número 6. ¡Estámoslle dando caldo de galiña, y-él non fai mais que sospirar pol-as verzas!

Ó tío Miseria, cando soupo a morte d' o fillo, púxosell' un nú n-a gorxa y estivo dous dias sin porbar as consabidas verzas, (aquelas verzas qu' eran como si dixéramos o blason d'a familia) per' ó terceiro, botou o nú prá baixo, y-exeramou:

—Quen como él! ¡A tal hora está n-o ceo dándos' a gran vida; y-eu eiquí tragando verzas! ¡Non merezo perdon de Dios, si me poño triste por él.

E votous' á rir á carcaxada limpa.

¡Cando digo eu qu' o tío Miseria era o home mais felis d'a parroquia! . .

Ó seguinte dia veu o menistro d'o Xusgado á notificar ó tío Miseria o embargo de todol-os seus béns imoebles, moebles... e semoventes; pois o señor Picote, á quén o noso vello acodia n os casos d' apuro, compadecido d'as suas lástemas, tiñalle prestados uns cartiños que, c-o sesenta por cento de rédetos, sumaban mais qu' a conta d'o Gran Capitán. E com' o último prazo vencera facía catro dias, y o señor Picote era un home moi xusto e puntual en total-as cousas, botouse enriba d'o tío Miseria prá crobarse capital é rédetos, todo xunto.

¡Y-estaba moi bèn feito iso! O señor Picote era un home rico, solteiro e sin obrigacións; pró iso non lle fai ¡A cada un hai que darll' o qu' é seu!

Ademais o tío Miseria non tiña goberno ningún, e dábase vida de crego, en vez de facer economías prá pagar á quén debía. ¡Si, si, o noso home botaba de largo! ¡Houbo dia que se papou catro verzas... e bèn l'e bastaba unha!

Cand' o menistro lle dou á noticia d'o embargo, o tío Miseria fixo un punto de muiñeira co-a legria, y escrameu:

—¡Ei carafio! ¡Choven as desgráceas á eito! Millor que millor. Hoxe vou gañando seis ferrados mais de ceo.

Pró a velliña d'a parenta nin estaba moi conforme co-aqueles cachos de terreo qu' o seu home iba adequerindo n o mundo d'a verdá, nin quería convencerse d'a boa sorte que lles entraba pol-a porta.

—Mira, home—dixoll' ó tío Miseria—

se por cada disgracia que nos caye ó lombo, gañásemos somentes una coarta de terreo n-a groria, xa éramos hoxe donos d'as duas terceiras partes d'o ceo.

—Non botes herexias, muller.

—O herexe eres ti que pol-o visto queres qu' arranxemos con tod' a fineabilidadá de Dios Noso Señor. O millor é que te deixes de foliadas, e vayas á villa á falar c-o señor Picote á ver si nos dá siquera quince dias mais de prazo enantes de embargall-os bens.

—Boeno, muller. Voum' alá, por darche gosto; pró dam' o corpo qu' hei de sacar eu d'o señor Picote.... ó que sacan os polos d'o miñato.

E dalle que dalle, alá se foi o tío Miseria, camiño d'a vila, onde pasoba os ivernos o señor Pirote.

Este iba fora d'a casa, y-o noso vello tivo que esperalo n-o portal. Ali s' estivo mais d' unha hora, hastra que viu aparecer n-o medeo de seis amigotes ó señor Picote, de chistera e lambita, e mais teso qu' un galo.

Era o tal señor, un d' eses ricos democratas e campechanos que se desviven por millorar a situaceón d' a crase traballadora; esa crase infelis que, como él dicía, é perciso redimir á toda costa. (Y-enantes de ridimila.. escomezaba ridimindoll' os bens)

N'a aquel momento viña d' unha Reunion Obreira, onde perdicara aque'a tarde, pidindo, antre salvas d' aprausos, moita egualdá, moita libérti e moita fraternida; pero moita, moitísima, o menos... ¡un sesenta por cento!

Ó ver ó tío Miseria, adiantándose Picote ós mais amigos, sombreiro en mau, arrodillouse diante d' él, con gran asombro d'o vello que, de pé, tamén descuberto, e co a boca d' un palmo, mirábao, creindo que se volvera tolo.

—¿Qu' é iso? ¿Vosté que fai?—dixeron todol-os amigos achegándose.

—Arrodillaivos todos—respondeu o señor Picote ¿Vedes este homiño d' calz'n e cirolas? Pois bèn: eiquí tendes un representante enxebre, d' esa probe crase que sofre e cala, que traballa e non come...

—¡Señor; vosté fala com' un libro!—interrumpen o tío Miserias.--Pró... levántese!

—Sí;—continuou o señor Picote—¿E todo iso pra qué? Prá manternos á nosoutros os ricos.

—¡E mais tén razón!—volvén á interrumpir o tío Miseria.

—Sí; eiqui o tendes; ô probe d'ô labrego, Promoteo...

—Eu non me chamo Mateo, señor.

—Promoteo d'ô traballo, eterno escravo d'a terra, que vai regando c-o seu sudor y-as suas bágoas. Sin os labregos ¿qué sería de nosoutros? ¡Ai d'ô día en que coñezan o que valen, e s' ergan todos prá recremar o que se lles debe!

—¡A min non me deben nada, señor! Son eu o que debo ..

—Entón, o confrito agrícola, será ainda de mais deficiente solución qu' o d'a crase obreira. Por iso á estes infelices, que son os mais castigados y-os que menos recreman, debemos... ridimilos á toda costa.

E dito isto, en médeo d'os aprausos d'os outros amigotes, doull' un bico y-un abrazo ô tío Miseria, que sin saber o que lle pasaba, decía escontra sí:

—A este home debeulle tocar Dios n'ô curazón. Me parece que non se contenta con dar-me quince días de prazo. ¡D' ista feita, perdóame os rédetos!

Namentras, dispideuse o señor Picote d' os seus amigos, que marcharon escramando:

—¡Este si qu' é o que se chama un home! ¡Se todol-os ricos foran como él, que ben andaría o mundo! ¡Gañaba pol-o menos... un sesenta por cento!

Non ben quedaron soilos o tío Miseria y-o Señor Picote, dixo éste, cubríndose e cambeando de tono:

—Vamos á ver ¿que tragues por acó? ¿Seique vês á pagar?

—Señor—respondeu o tío Miseria dándolle voltas n-a man á monteira—eu ô que viña era... á pedirlle...

—¡Huy! ¡Malo! ¡Malo! ¡De cote habedes de vir pidindo!...

—Señor, eu quería que mandase suspender o embargo.

—Boeno, pois... socha os cartos.

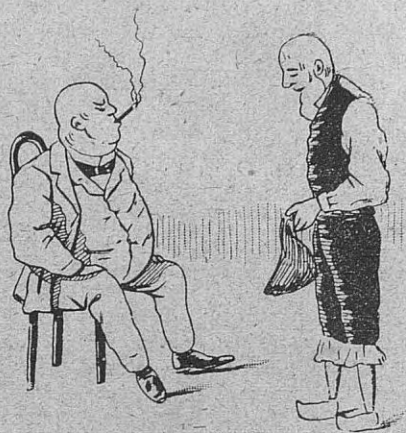
—Señor, eu non-os teño. Si vosté me dese un prazo de quince días...

—Ta, ta, ta. ¡Conque lérias me ves! ¡Ti eres parvo ou faste?

—Señor, teña lástema de min. Son un probe labrego como dicía vosté moi ben..

—O que sodes todos vos é un ataxo de galopins.

—Pró ¿vosté non dicía...?



—¿Qué dicía eu? ¡Cosas que ti non entendes! ¡Eu falaba en xeneral! En fin... home... deixame de lérias e toma a porta.

—Señor: ¿e si m' embargan mañán, onde me meto eu e-a parenta?

—¡Métete n-o inférno anque sea! ¡Que me contas á min!

E dándoll' un empuxón, botouno n-a calle e doulle c-oa porta n-os fuciños.

O tío Miseria, quedou como quen vé visións, e marchouse cara o seu lugar, dicindo escontra sí.

—¡Isto xa o esperaba eu! ¡Pró a muller é tan terca. ! ¡Boeno! ¡N-hai que facerlle! ¡Alégrate meu vello! Hoxe gañache outro ferrado de sembradura n-o ceo.

Ô día seguinte foi a xusticia á embargarlle todo canto tiña; y-eisí que viu a va-



ca fora, o tío Miseria dándoll' un abrazo, escramou:

—A esta si que non-a volvo á ver nin

n-este mundo nin n-o outro. ¡Pró... n' importa! ¡Xa me darán vacas n-o ceo!

Cand' o tío Miseria e a parenta s' atoparon fora d'a súa casa, n-o médeo d'o arró e sin mais fortuna qu' a que levaban ás costas, a súa compañeira acabouse ó fin de convencer de qu' os dous eran xa felices e donos o menos d' as tres coartas partes d' a gloria, e, chea de satisfaccións, doulle un patatus co a alegría, marchándose d' as resultas, pró outro mundo n-un santiamen.

¡A probe vella, sin dúbida, dábase presa, pra tomar posesión d' os bens qu' ela y-o seu home adequeriran n-o paradiso!

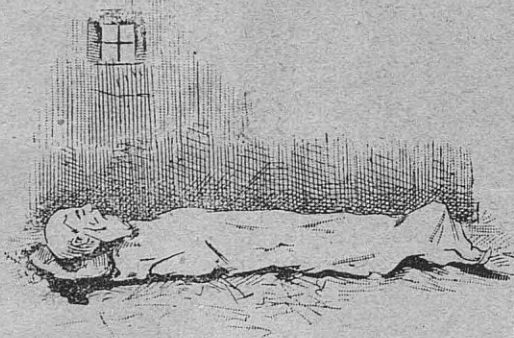
O tío Miseria acompañou o cadavre



hastr' o cimiterio. meteu a caixa n-a coba, botoulle terra enriba é logo, arrodillándose e mirando pró ceo, escramou:

—Adios miña compañeira. Darasll' un abrazo ó fillo, y—hastra logo. ¡Esperádem-me calquera dia d' estes!

Efeutivamente o probe d' o vello einda non tardou un mes en ir á xuntarse c-a familia.



Unha mañá apreceu morto drento d' as ruínas d' o antigo palacio d' un señor de forza e coitelo.

¡Morreu de fame... qu' é a maneira mais económea de morrer que se conece.

R. I. P.

II.

Ó despertar o tío Miseria n-a outra vida, escomenzou á rubir mais listo qu' un lostrego; y-aló enriba, n-a metá d' o camiño, antre ceu e terra, abriu os ollos d'a y-alma, e quedouse pámpano d' admiración.

¡A cousa n' era prá menos!

Aló, n-as porfundidades d' o espazo, o mundo, cheo de Picotes e tios Miserias, xiraba costa abaixo, hundíndose cada vez mais n-a escuridá d' os abismos sin fin. Enriba e pol-os costados, outros millares de millóns de mundos, camiñaban, Dios sabe á onde, dando voltas e voltas o mesmo que rodas de muiño.

—¡En eiqui voum' á perder!—escramou o tío Miseria mirando pra baixo car' o praneta que deixara pra sempre, e qué, cada vez mais lonxe, parecía un vermeño de lus que s' iba apagando e apagando, hastra qu' ó fin, desapareceu... aló... n-as imensas negruras d' o infinito.

—¡Vaite con Dios!—dixo o noso vello—
¡O mund' ond' eu estiven n' era nada!
¡Parece mentira que tanto pelexemos uns c os outros drento d' aquel gran de millo!
¿Cando chegarei o ceu? De fixo que xa m' han d' estar esprando con foguetes e gaitero. ¡Ei, carafio: voume á crobar de todol-os malos tragos qu' aló embaixo me fixeron pasar!

N-estas y-outras conversas consigo mismo iba emboubado, cando de repente alcontrouse á porta d' unha casa moi grande pintada de roxo.

—¿Será este o ceo? Vou á petar.

E dou tres petadas que resoaron como tres cañonazos.

Entrabreus' a porta, e saiu por ela unha labarada qu' o tumbou par' atrás.

—¡Demoro!—escramou o tío Miseria—
¡Eiqui seiqu' están cocendo broa!

—¿Quén raxo and' ahí?—Perguntaron dend' adrento.

—Un defunto, señor.

—¿E de onde ves?

—De Xallas, pra servir á Dios y-á vosté.

—Sirvilo á él y-a min á un tempo, é un pouco dificele.

—Será, señor.

—¡Cala! ¿Ti eres Picote? Casuamente estabamos esperádoche

—Dispense, pró en son o tío Miseria.

—¡O tío Miseria! ¿E qué che se perde eiqui? Si non tocal-o zoco mais que de pre a, collo un tizon e quéimoch' a y-alma.

—Non s' incomode, señor.

—Pouca conversa, e segue o teu camiño, que n-o inferno maldit' a falla que ti fas.

—¡Nunca Dios pra mal me dera! ¡Vin á dar o inferno! ¡Nunca che creín que cadrase tan enriba!—escramou o tío Miseria. Por eso... xa me daba mala espiña. Eiqui cheira á corno queimado! E pol-o visto debu de morrer tamen o señor Picote, pois xa o están esprando ¡Hala prá diante! ¡Mailo será que non dea c-o ceo!

E sigueu, rube que rube, hastra qu' aló enriba, moi enriba, antr' arbres d' ouro con follas de pelras, viu unha porta grandísema que tiña soles por cravos.

—¡Esta é a porta d'a gloria! ¡Non me cabe dúbida! ¡Apuremos o paso! ¡Qué bon recibemento vou á ter!

¡O decir isto, sinueu ruido de pasos ás suas espaldas, mirou car' atrás, e... ¡ou asombro! ¡viú ó señor Picote en persoa, que traguía o mêmso camiño qu' él.

—¡Nunca Dios prá mal me dera! ¡O señor Picote por estas alturas!

—Hola, tío Miseria—dixo o Señor Picote achegándose—xa soupen que morreras o mesmo dia qu' eu, y-alégrome de verche, porque quería pedirche perdón por tod-o mal que che fixen aló embaixo.

—Hum, hum,—respondeu o tío Miseria, meneando a testa—vosté sei que me quer volver á botar as endrómenas d' aquel dia n-o portal d'a sua casa! ¡Pois mire qu' agora non ll' estamos pra bulras!

—Digocho de veras.

—Enton... non fale d' iso. Eu perdónoo de curazón; o conto é que tamén Noso Señor lle perdoe as moitas que vosté leva feitas.

—Dios xa me perdonou. Arripintinme á hora d'a morte de todol-os meus crimes.

—Mire; eu non lle desexo mal, proheille dicir unha cousa:

—¿E que é, hó?

—Fáill' un pouqueniño, estaban esprando por vosté n-o inferno. ¡Seillo de boa tinta!

—Sí; pró cando me espraban einda eu non fixera o auto de perfeuta contrición. O arrepentemento foi coestión d' un segundo.

—Pois... alégrome e... sigamos prá diante. Eiqui parados non facemos nada. Diga: eso que se vé ¿será a gloria?

—Sí, home, sí. Xa o dí o letreiro que tén enriba. ¿Tí non sabes ler?

—Sí, señor. pró son de vista cansada y-esquencéronseme os anteollos. Quedáron-me debaixo d'a terra, n-a faltriqueira d'o pantalón.

N-esto chegaron á porta d'a gloria, y-e señor Picote adiantouse á chamar.

—¿Quén anda ahí?—preguntou San Pedro.

—Señor; eu son Picote.

—¡Xa temos eiqui o señor Picote!—berrou San Pedro, batendo palmas co-a alegría.

Y-as portas d'o ceu, abríronse de par en par, en medeo de vivas, músecas e foguetes.

—Cando reciben á ese con tanta foliada ¿qué será a min?—dixo o tío Miseria escontra o seu colete; e tratou de meterse pol-a porta, detrás d'o seu compañeiro de viaxe.



—¡Ei, paisano, ¿á onde vas?—dixolle San Pedro con malos modos, empuxándoo prá fora, e fechando a porta.

—¡Señor, San Pedro—escramou o probe

d'ó vellño—eu son o tío Miseria! ¡Dios mío! ¡Tamén eiquí!

—¿Quén eres?—preguntou San Pedro dend' adrento.

—O tío Miseria, señor.

—Berra mais, que c-o estoupo d'os foguetes non oyo bèn.

—¡O tío Miseriaaa!.. —escramou o noso home á berro pelado



—¿Con que tí eres o tío Miseria? ¡Boeno! ¡Entra, e non m' armes escandaleiras á porta.

Abriron mèdea folla, y-o tío Miseria colouse n-o ceo sin que ninguén saise á recibilo.

—¿Onde están a parenta y-o fillo?—foi o primeiro que perguntou.

—Búscalos, qu' ahí han d' andar—responden San Pedro volvéndoll' as espaldas.

O probe d'ó vello quedouse tradado e sin estreverse á pasar d' a portería

—¡Ay!—escramou sentándose n-un corrunchoño.— Ó señor Picote, recébeno eiquí con múseca e foguetes, e á min, dempois de tantos méretos, trátanme o mesmo que se fora un can, fora a y-alma ¡Adios miñas espranciñas! ¡Pol-o visto n este mundo fanll' ós probes como n-o d' embaixo! ¡Sáin d' un souto... e métome n-outro!

N-esto, Dios Noso Señor, que cadraba de pasar por alí, ó mirar ó tío Miseria, triste e pensativo y-acurrucado, achegándose á él, colleuno por unha mau, levantouno d'ó chan, e dixolle:

—Vente comigo, tío Miseria, que eu che

levarei xunt' á tua muller y-o teu fillo prá que vos sentedes os tres ó meu lado por toda unha eternidá!



—Gráceas, señor, gráceas—escramou o tío Miseria—si vosté non fora, eiquí ninguén facía caso de min. ¡Cómo son un probe!.. ¡Si fora rico com' o señor Picote!..

—Eiquí n-hai probes, nin ricos—respondell' o Señor bondadosamente.

—E... poida que vosté teña razón; pró...

—Xa sei que che pareceu mal qu' ó señor Picote o recibisen millor qu' á ti.

—Señor—dixo o tío Miseria rascándose á testa—iso á min ¿porqu' m' había de parecer mal?

—¡Mira, que eiquí non val mentir!

—Pois... s' hei de dicir verdá, eu espraba outro recebemento. ¡Somentes vosté sabe o moito que teño sofrido con pacencia prá q' fiar a gloria!

—Xa o sei. ¿Pró tí iñoras por qu' á Picote o recibiron millor qu' á ti?

—Eu, señor... si vosté non m-o dí...

—Pois voucho á dicir.—A entrada n-a gloria d'un pecador arripentido, regocixanos mais qu' a de cén xustos. ¡Estamos tan pouco afeitos á iso! Eiquí d'os Picotes, chega un por casualidá, de mil en mil anos; tios Miserias como tí.. ¡entran á patadas á total-as horas!

ENRIQUE LABARTA.

Dibujos B. L. Sanmartín



ANUNCIOS
DE
GALICIA MODERNA

TARIFA DE PRECIOS

ANUNCIOS SIN ILUSTRAR

5 céntimos el centímetro cuadrado
cada inserción.

Minimum: 20 centímetros

ANUNCIOS ILUSTRADOS

con la fotografía del establecimiento

10 céntimos el centímetro cuadrado
cada inserción.

Minimum: 20 centímetros y 6 inserciones

Los señores anunciantes que ocupen
una página entera, obtendrán una re-
baja del 40 por 100 sobre los precios de
tarifa.

TIP. LA OLIVA